

M. Biogi, joven pintor francés; hermoso carácter, nobleza y sencillez.

Bonaparte había encontrado, en su campaña del Mincio, á un joven francés, pintor de paisajés, que recorría los alrededores del lago de Garda, para hacer estudios. El general, rodeado de gentes, que fingían entusiasmo ó exageraban el que realmente sentían, extrañóse del raro buen sentido y mansedumbre del pintor, que nada parecía agitar y deslumbrar. Dicho pintor era de una regular estatura y una agradable figura. Lo que más execraba entonces Napoleón eran los informes plagados de *gasconismo*, que todo lo desfiguraban. Convidó muy amenudo al joven pintor á comer con él y quiso que le acompañase. Berthier y el mismo Napoleón, que gustaban de sostener discusiones con él, le indicaron que pronto alcanzaría un grado militar y no tendría porqué quejarse de la fortuna. Este joven, que se había mostrado valiente en la sorpresa de Gavardo, respondía al general, con su ordinaria simplicidad, que no afeaba á los militares, pues su profesión era, sin duda, noble y útil; pero que al fin este oficio le parecía grosero, no sobresaliendo sinó en días peligrosos y que él no quisiera para nada arriesgar en ello su vida.

Después de haber pasado un mes en el cuartel general, extremadamente distinguido siempre por Napoleón, pidió permiso á éste, y continuó su carrera por Italia.

Hacia los tiempos de Arcole, Napoleón escribió al ministro de la República francesa en Florencia, para rogarle que remitiese veinte luises á M. Biogi, que él sabía había vuelto allí, y rogarle de su parte que fuese á verle en el cuartel general.

El joven pintor respondió, con su natural tranquilidad, que tenía ocupaciones en Florencia, y que este viage, que sería sin utilidad para su talento, le contrariaba mucho. El ministro le enseñó la carta de Napoleón, resaltóle la extrema cortesía con la cual el general en jefe hablaba de él, reprochóle el rehusar una tal invitación, etc., etc. Fueron tales sus advertencias, que M. Biogi tomó un *vetturino*, abandonó Florencia y se encaminó lentamente hacia el cuartel general de Verona, dibujando todos los bellos paisajes que en su camino hallaba. Llegó á dicho lugar poco después de la batalla de Rivoli y fué recibido á maravilla.

—Si queréis ser oficial, díjole Napoleón, hay plazas vacantes, os admitiría á mi lado.

—¿No veis, añadió el general Berthier, que se hallaba presente en la conversación, que el general en jefe se encarga de vuestra fortuna?

—Quiero ser pintor, respondió el jóven, y cuanto acabo de ver de los horrores de la guerra, los estragos que naturalmente arrastra consigo y sin que pueda hacerse de ello ningún cargo á nadie, no me han inclinado á este grosero oficio que muestra al hombre bajo un miserable aspecto: el del interés personal exaltado hasta el furor, y en medio del cual el teniente ve caer, sin pesar, al capitán, su amigo íntimo etc., etc.

Bonaparte combatió filosóficamente su manera de ver y retuvo al artista hasta las dos de la mañana. «Jamás he visto á un hombre que hablase más bien, dijo el pintor.» Fué invitado á comer, la mañana siguiente y los demás días.

El joven pintor, apesar de la calma de su carácter, interesóse por Napoleón y en fin osó preguntarle porqué no procuraba combatir por un régimen continuo, en el interés de la República, el veneno que tanto temía y del cual era víctima.

Berthier hacía signos al jóven para hacerle entender que al general en jefe no le gustaba este género de conversación. Pero, con gran admiración por parte del jefe de estado mayor (que en la intimidad era tratado por su general como un simple subordinado y no osaba emitir su parecer más que cuando se le invitaba bien expresamente, lo que suceda muy raras veces), Napoleón púsose á tratar á fondo y bajo el punto de vista filosófico, el objeto de la conversación.

—¿Sin duda que existe el veneno; pero, ¿existe igualmente la medicina? Aún admitiendo ésta como una ciencia real. ¿no me prescribiría el reposo? ¿Y en este caso, existe un reposo para mí? Suponed que olvido por un momento mis deberes y transmito el mando á uno de los generales del ejército de Italia; retirado en Milán ó en Niza ¿creéis que mi sangre no se inflamará al leer los relatos de batallas que yo juzgaré mal, estando alejado, y en las cuales me parecerá que no se ha hecho todo cuanto debía hacerse con unas tropas tan bravas como las nuestras? En mi doloroso retiro, en Milán ó en Niza, estaré cien veces más agitado que aquí, donde, cuando mis tropas están bien aposentadas y me satisfacen los relatos de los agentes, puedo, al menos, dormir tranquilo. Y por otra parte ¿qué es un hombre privado de su propia estima? Y, mientras tantos bravos granaderos buscan la muerte con placer, ¿qué papel representaría un general en jefe que, por que está enfermo del estómago ó del pecho, vasa á descansar lejos de ellos? ¿Y cuán humillante no sería que los *barbets* (1) me

(1) *Perros de aguas*.—Nombre que se daba en aquella época á las

asesinasen! ¡Nó, la medicina no existe y cuando esta ciencia llegue á ser tan cierta como la mejor táctica, será preciso que el hombre cumpla con su deber, y el de un granadero ó de un general en jefe es el de permanecer donde el destino le ha colocado, etc., etc.

Napoleón no despidió al joven hasta á las dos de la madrugada. En una de las veladas siguientes le dijo:

—Ya que os obstinaís en ser pintor, haríais muy bien en pintarme el cuadro de Rivoli.

—Yo no soy plntor de batallas, respondió M. Biogi; sólo pinto paisajes. Siguiendo á los vuestros, he visto algunas veces el efecto del humo y el aspecto de las filas de soldados, pero no he estudiado bastante estas cosas para atreverme á representarlas. Solo puedo pintar, con alguna probabilidad de éxito, lo que conozco á fondo.

Napoleón probó de combatir sus razonamientos, pero el jóven se obstinó en su parecer.

—Pues bien, dijo el general; pintadme la meseta de Rivoli y las montañas vecinas con el Adige, deslizándose por su derrecha en el fondo del valle, de tal modo que lo vea todo igual que cuando hice mi plan de ataque.

—Pero, respondió M. Biogi, que, del ejército solo apreciaba el general en jefe y apartaba todo trato con los guerreros, un paisaje sin vegetación es de un efecto tan triste que no me interesará, ni á vos cuando lo veáis. Un paisaje sin vegetación tiene necesidad de ser animado por los detalles y las pasiones de una gran batalla, que yo no sé hacer; siento vivamente no poder pintar ningún cuadro para vos.

bandas compuestas de desertores, oandidos, prisioneros austriacos escapados y soldados piamenteses licenciados. que infestaban los Apeninos, robaban los convoyes y asesinaban á los soldados franceses aislados.

—Pues bien, hacedlo como sepais; Berthier os proporcionará medios para ello.

El general Berthier dibujó los diversos movimientos de la batalla; el Monte-Baldo á la izquierda, las alturas de San-Marco al frente, y el Adige á la derecha.

Por medio de esta especie de plano improvisado, Napoleón, muy dispuesto á conversar y á discutir, y Berthier procuraron hacer comprender al pintor los movimientos sucesivos que acabamos de relatar. El pintor estaba electrizado por un tan bello relato, hecho, según decía él, con la mayor sencillez y sin el menor énfasis. Napoleón sólo había sido un poco enfático, hablando de su deber y de su completa abnegación respecto al veneno. Sin duda esperaba obtener del pintor un cuadro de la batalla. Por otra parte, dijo M. Biogi ¿qué necesidad hay de explicar tan minuciosamente los movimientos de las tropas y sobre todo las diferencias de su uniforme? Los artilleros, con sus piezas de á doce, avanzando por la derecha del valle del Adige y batiendo á las tropas de Quasdanowich, con uniforme blanco, empeñadas en escalar la meseta; los dragones, vestidos de verde, al mando de Lassalle, etc., etc.

Se separon á más de las dos de la madrugada. Al día siguiente, por la mañana, el general Berthier dió una escolta á M. Biogi, compuesta de cuatro inteligentes granaderos de una de las semi-brigadas que más habían obrado en la batalla, en la meseta de Rivoli. M. Biogi marchó con ellos, gustándole mucho su conversación. Por su buen sentido, dice, me parecía conversar con el general en jefe; hubiera sido difícil encontrar otros más inteligentes que estos bravos jóvenes. Pernoctaron en una pequeña población y al día siguiente M. Biogi recorrió con ellos todo el campo de batalla. Cuando llegó á su izquierda, en el barranco que desciende hasta el lago de Garda,

M. Biogi avanzaba siempre; los granaderos, de los cuales dos iban delante de él, se separon y uno de los que iban al lado de M. Biogi, le dijo:

—Ciudadano, tenemos orden de escoltarte; así, y no es por molestarte, te acompañaremos á todas partes; pero, si continuas descendiendo hacia el lago, te expones á algunos balazos. Los campesinos de estos alrededores son muy mala gente.

M. Biogi respondió que era por pura curiosidad y cautivado por la belleza del paisaje que descendía hacia el lago. Retornaron juntos á la población de Rivoli y eligió como punto de mira para pintar su cuadro un pequeño muro recientemente demolido á cañonazos. Los granaderos le observaban pintando y parecían no querer alejarse de su caballete á causa de su consigna. Al cabo de una hora, uno de ellos dijo:

—Aquí no corres ningún peligro; nuestro capitán, un hombre muy valiente, ha sido muerto á trescientos pasos de nosotros; si no nos necesitas, querríamos visitar el lugar.

Algunos instantes después, M. Biogi, viéndoles pararse y mirar con atención al suelo, dejó su cuadro y fué hacia ellos; les encontró con las lágrimas en los ojos.

—Es aquí mismo donde ha sido muerto nuestro valiente capitán; debe ser enterrado muy cerca de la superficie.

Pusiéronse á excavar con las bayonetas los lugares en que la tierra parecía recientemente removida y se pararon por fin sin decir palabra; habían reconocido á su capitán, cuyo pecho sólo estaba á tres dedos de la superficie. M. Biogi, conmovido, apesar de su habitual frialdad, les siguió más de una hora. Le fueron enseñadas todas las marchas y contramarchas que había hecho la compañía antes de que el capitán fuese muerto.

M. Biogi estuvo tres días con ellos en los alrededores de Rivoli. Tomó las vistas del campo de batalla en todos sentidos, para agradar al general en jefe; además, complaciale mucho la compañía de los cuatro granaderos y comenzaba á perder un poco de su antipatía por el arte militar.

—En 1837, decía él, sólo era á los oficiales á quienes odiaba; el general en jefe y los granaderos éranme muy simpáticos.

Regresó á Verona, donde pasó seis semanas ocupado en pintar su cuadro, siendo siempre muy bien acogido por parte del general, que le había invitado á visitarle todos los días al anoche, cuando ya no le era posible trabajar más, comiendo muchas veces con él.

Un día que M. Biogi esperaba en el salón la hora de la comida, con varios coroneles, el general Berthier presentóse y dijo con humor:

—¿Qué hacéis aquí, señores? Este no es vuestro puesto, marcháos pues.

M. Biogi, un poco desconcertado, se apresuraba á salir con los coroneles.

—Vos, quedáos, le dijo Berthier; no es á vos á quien me dirijo; el general siente siempre una gran satisfacción en veros; ya lo debéis haber observado, pues os habla con toda intimidad.

Al revés de Berthier, que hablaba siempre con un poco de humor, el general en jefe no hablaba nunca con él ó bien con otro oficial más que muy secamente. Berthier no parecía en absoluto otra cosa que un criado encargado de dar órdenes.

—Imposible figurarse, decía M. Biogi, el número de personas que cada día iban á hablar al general en jefe, entre mujeres de muy buen porte, sacerdotes, nobles y gentes de toda clase. Se portaba muy bien con ellos y así se ponía al corriente de todo.

M. Biogi sorprendíase de la distancia que conser-

vaba con sus generales, aun con los más distinguidos; si les dirigía una palabra era considerada como un favor y constituía el tema de la conversación entre ellos.

—Nada más seductor que la plaza que se me ofrecía, añadía; quizás, apenas revestido del uniforme, no me habría hablado más, pero si hubiese sido así ¡cuántos celos!

El general en jefe hablaba siempre gustosamente á los soldados de una manera sencilla y razonable y procurando que su idea fuese comprendida. Amenudo prolongaba mucho la conversación con M. Biogi; su mirada se animaba de una expresión inmensa, sobre todo cuando la velada avanzaba, y era perfectamente cortés. Su alma adivinaba muchas cosas en cuanto á bellas artes aunque no había leído nada de este género. Citaba cuadros de Aníbal Carrache, como siendo de Miguel-Angel.

Gros hacía entonces su retrato, en el cual enuéntrase sosteniendo una bandera y pasando el puente de Arcole; es el solo de esta época que se le parece. El general está con su sable al lado y como hace un movimiento violento hacia adelante, el cordón del mismo está un poco hacia atrás. Berthier, que sabía dibujar, preguntó á Gros porque este cordón no estaba en posición vertical. Nada más sencillo, dijo Napoleón, y expuso la razón de ello.

—Gros es el solo pintor, añadía M. Biogi, que ha osado traducir las *pobrezas* (término de pintura) que, en esta época, impresionaban por todas partes los ojos del general que tenía el aire de un hombre muy enfermo del pecho. Sólo se podía convencer de ello reflexionando las correrías enormes que hacía casi todos los días y su rapidez. Su mirada tenía algo de extraño; era una mirada fija y profunda y de ningún modo el aire inspirado y poético; se impregnaba de una dulzura infinita cuando hablaba á alguna mujer ó

cuando se le refería algún bello rasgo de sus soldados. En resumen, era un hombre excepcional, continuaba M. Biogi; ninguno de sus generales se le parecía en modo alguno. Lemarrois tenía una figura encantadora, dulce, amistosa, distinguida, y no obstante al lado de su general parecía inferior. Murat tenía buen aspecto á caballo, pero su belleza era grosera. Duphot dejaba traslucir su ingenio, pero sólo Lannes recordaba, alguna vez, al general en jefe.

Napoleón estaba rodeado de un respeto profundo y silencioso; era un hombre en absoluto sin igual y todo el mundo le distinguía. Las bellas damas de Verona sin excepción procuraban verle en casa del proveedor veneciano, antiguo embajador y distinguido señor, que, en presencia del general en jefe, tenía el semblante de un niño.

Cuando el cuadro representando la meseta de Rivoli fué terminado, el general estuvo muy contento; había en él buena parte de la verdad y la suavidad de Claudio Lorrain. Fué pagado muy bien y M. Biogi devolvió seis luises de los veinticinco que recibió en Florencia, diciendo que no había gastado más.

No hemos cambiado ni una sola palabra del relato de M. Biogi, que vive actualmente retirado en una pequeña ciudad de Bretaña.

XXI

Fin de los tiempos heroicos de Napoleón

Habiendo en 12 de Mayo de 1797, decretado el Gran Consejo, bajo la presidencia del dux, la abolición del Gobierno, cuatro mil franceses tomaron posesión de Venecia, el día 16.

La amabilidad de los venecianos, la extrema desgracia en la cual han caído, el interés que este pueblo inspira á la curiosidad del filósofo, como siendo el más bello que haya jamás existido (1), todo hace considerar con profundo pesar la resolución de Napoleón. Si éste hubiese podido obrar de otro modo, quizá Venecia existiría aún hoy y la infeliz sería menos subyugada por el plomo austriaco, y M. de Metternich no lloraría el Spielberg de los italianos más ilustres (2); pero no puede negarse que la conducta del general francés no ha sido perfectamente legítima. Aunque hizo todo lo humanamente posible por conservar Venecia, estaba sujeto á demasiados imbéciles.

Con la ocupación de Venecia, por los franceses acabó la parte poética y perfectamente noble de la vida de Napoleón. En adelante, para su conservación personal, debió resignarse á medidas y á pasos, sin duda muy legítimos, pero que no podían ser ya más el objeto de un entusiasmo apasionado. Tales medidas reflejan en parte la bajeza del Directorio.

(1) Véanse las obras del poeta Buratti, muerto en 1882; por ejemplo: la *Elefanteida*, sátira.

(2) Memorias de Silvio Pellico, Borsieri, Andrienne, etc., etc.